

## **La joven del tren.**

Un traqueteo más fuerte de lo normal sacó a Marcel del letargo en el que lo había sumido el monótono vaivén del tren. Se levantó y, tras un par de golpes, logró bajar la ventanilla del departamento. Un ruido ensordecedor acompañado de un penetrante olor a carbonilla entraron a raudales por la ventana.

Marcel sacó la cabeza por la ventanilla con la intención de que el aire despejara su abotargada mente. Un golpe de viento cálido le abrasó los pulmones aunque aguantó la sensación de ahogo que era preferible al insoportable calor que reinaba en la cabina que carecía de aire acondicionado, por lo menos el aire le secaría el sudor que le empapaba.

Mientras sentía el chorro de aire caliente con los ojos cerrados para evitar que las partículas en suspensión le dañaran los ojos decidió que aquel era el viaje más estúpido que había emprendido. Abandonar el aire acondicionado y el confort de su casa de la capital para ir a meterse de lleno en un pueblucho abandonado, rodeado de desierto y donde hasta las lagartijas buscaban la sombra. Además, para colmo de desdichas, aquel parecía ser el verano más caluroso del siglo.

El antiguo tren de carbón lanzó una densa nube de humo negro hacia el cielo. Parecía respirar hondo y tomar fuerzas para subir una pequeña loma a la que se encaminaba el sendero de acero por el que se arrastraba aquella antigualla ferroviaria. Silbó un par de veces tras superar la pequeña dificultad y continuó su andar cansino por aquel interminable mar de olivos y tierra reseca que se extendía en todas direcciones.

Marcel, tras finalizar el curso, había decidido cambiar de aires por unos días ya que el último mes le había exigido un esfuerzo considerable. Por fin tenía su título en la mano y se abría ante él un nuevo mundo de posibilidades. Aunque su primera intención había sido comenzar a trabajar cuanto antes, se sentía un poco cansado y falto de lucidez para tomar decisiones importantes. Además, el verano castigaba con un calor insoportable para andar haciendo entrevistas de trabajo, por ello su madre le había aconsejado que fuera a pasar unos días con su tío Orestes en el pueblo.

Orestes era el hermano mayor de su madre. Aunque hacía más de quince años que no se veían seguían manteniendo esporádicos contactos por correspondencia. La madre de Marcel escribió una nota a su hermano quien contestó que estaría encantado de volver a ver a su sobrino.

Aunque el viaje había comenzado bien, un magnífico tren Intercity, con un estupendo aire acondicionado, video, hilo musical y todas las comodidades posibles, que devoraba kilómetros a alta velocidad rumbo al sur, el transbordo que tuvo que realizar en Pueblo-Viejo le había dejado atónito.

Para llegar a San Martín, que era el pueblo más cercano a la residencia de su tío, tenía que coger un viejo tren de carbón que era el único que realizaba el servicio una vez al día.

Aunque Marcel intentó tomar un autobús le informaron de que ya no llegaban autobuses a San Martín, ya que la única carretera que lo unía con Pueblo-Viejo estaba cortada desde que se hundió el antiguo puente sobre el río. Como nadie quería asumir la competencia de su mantenimiento seguía derrumbado desde hacía varios años. Increíblemente nadie había protestado, por lo que las autoridades habían olvidado el asunto.

Resignado, Marcel se dirigió al andén donde se anunciaba la salida del tren de San Martín. Mientras se alejaba de la ventanilla de información y atravesaba el amplio hall de la estación se percató de que el lado del edificio que daba al andén de San Martín era radicalmente diferente del lado que daba a los andenes de los trenes modernos. Observó que una hilera de columnas que soportaban el enorme peso de la techumbre separaban la estación en dos partes bien diferentes. Tanto el mobiliario como la decoración, bancos de madera, suelo ajedrezado, grandes cuadros en las paredes y ni rastro de plástico o aluminio, pertenecían a otra época, precisamente de la que era originario el viejo tren de vapor.

Casi se sobresaltó cuando al atravesar la línea de columnas la algarabía reinante en la estación se redujo casi a la nada a la vez que un extraño ambiente de calma le invadía. Marcel pensó que debía tratarse de algún peculiar efecto producido por la arquitectura de la sala, aunque nunca había visto otra cosa igual. Una calma que afectaba realmente a las personas que se encontraban en aquel lado de la estación ya que parecían cualitativamente diferentes de los bulliciosos viajeros que ocupaban el otro lado de la estación. El entorno era radicalmente diferente de las estaciones en las que había estado antes, en lugar de los incómodos asientos de plástico naranja donde dormitaban viajeros y vagabundos, había pulcros bancos de madera con los laterales de hierro forjado donde algunas personas leían tranquilamente el periódico. No había pintadas en las paredes, ni papeles en el suelo, todo estaba casi excesivamente limpio para ser una estación. El tiempo también parecía discurrir a un ritmo diferente de como lo hacía en el resto del mundo. Las personas caminaban sin prisa y conversaban afablemente, Marcel aflojó el paso ya que se percató de que era la única persona que parecía tener prisa.

Salió a los andenes a través de grandes puertas de madera con cristales emplomados de diversos colores y geométricas formas y después de cruzar la cabecera de las vías, giró a la izquierda y enfiló el andén donde se hallaba estacionado el viejo tren de San Martín. Estaba formado por una antigua máquina de vapor, que parecía estar en perfectas condiciones, seguida de un depósito de carbón lleno a rebosar, y, a continuación, un par de simpáticos vagones de madera de colores relucientes. Marcel recordó los trenes de los parques de atracciones y pensó que aquel debía ser un recorrido sumamente turístico para que mantuvieran un tren de aquellas características funcionando. De hecho toda la situación le sonaba a parque temático. Se dirigió al primer vagón donde se encontraba un impecable revisor de corta estatura y tez sonrosada y le mostró su billete.

- ¡Ah! San Martín, muy bien - dijo amablemente el hombrecillo - puede sentarse en el compartimento que desee, hoy no va mucha gente. Además, como es la última parada ya le avisaré, de modo que no se preocupe y disfrute del viaje.

- Gracias - contestó Marcel.

Éste se sorprendió de la amabilidad del empleado ya que en los trenes actuales, salvo en los de lujo, los empleados más bien gruñían que hablaban y miraban a las personas con recelo debido al gran número de polizones, mercachifles, chamarileros, ladrones y pedigüeños que hacían del tren un negocio del que vivir a costa de los pobres viajeros, y con los que los empleados del ferrocarril debían lidiar cada día.

Dejó la maleta en un pequeño compartimento para equipajes que había en la entrada del vagón, caminó unos pasos por el estrecho pasillo y entró en el segundo compartimento donde un hombre de edad mediana leía el periódico.

- Buenas tardes - dijo Marcel mientras se sentaba en el asiento más próximo a la ventanilla.

- Buenas tardes - contestó el hombre sin levantar la vista de su lectura.

Mientras Marcel dirigía su atención a los personajes que iban y venían por el andén se abrió de nuevo la puerta del departamento y entró una joven de gafas oscuras y tez morena, dejó el bolso de mano en uno de los asientos vacíos y colocó una pequeña mochila de mano en la repisa que había encima del asiento más cercano a la puerta de entrada, opuesto al que Marcel había ocupado.

Marcel la observó mientras se ponía de puntillas para colocar la mochila, no era muy alta pero bien proporcionada. Llevaba un ligero vestido color crema estampado con florecitas rojas y amarillas, muy apropiado para el calor que hacía y que, al pegarse al cuerpo de la joven, traslució unas formas rotundas y sensuales. Marcel hacía tiempo que no observaba nada tan agradable a la vista. Intentó levantarse para ayudar a la joven acomodar la mochila pero su ademán chocó de pleno con el periódico de su acompañante.

- Disculpe - balbuceó, intentando reponer las grandes hojas a su propietario.

- Tenga cuidado... - repuso el hombre volviendo a su lectura como si no hubiera pasado nada.

Cuando Marcel pudo centrar de nuevo la atención en la joven, esta ya se había sentado y, tras sus gafas oscuras, le observaba con aire divertido. Como su acción había sido inútil, Marcel decidió que sería mejor sentarse de nuevo. Sin poder evitarlo, al volver a su asiento, un ridículo - Hola! Soy Marcel - salió de su boca a la vez que chocaba de nuevo con el periódico del señor.

-¡Le importaría estarse quieto! - le recriminó. Unos ojos glaucos y fríos, a través de unas gafas doradas, hicieron a Marcel estremecerse.

-Le ruego que me disculpe - dijo Marcel mientras sentía como la temperatura de su rostro subía incluso por encima de la del sofocante ambiente del vagón. Sacó una revista que había dejado en el lateral de su butaca y la abrió intentando poner un infranqueable muro de papel que le ocultase de la divertida mirada de la joven viajera.

Un agudo silbido anunció la salida del tren. Después, el atronador ruido de la máquina de vapor y un fuerte traqueteo pusieron al antiguo tren en marcha hacia su destino en San Martín.

Tras salir de la estación, el tren se internó en una chopera que crecía al borde de un riachuelo que corría paralelo a las vías durante un breve trecho. Un airecillo fresco, con olor a carbonilla, entró por la ventanilla y ayudó a que el color se normalizara en la cara de Marcel, quien bajó levemente la revista de manera que pudiera observar furtivamente a la joven viajera.

La muchacha había sacado del bolso un libro que leía con interés. Marcel intentó leer el título pero las pequeñas letras, que bailaban al son de la rodadura del tren sobre las vías, se lo impidieron. La joven, para su comodidad y deleite de Marcel había subido las piernas sobre el asiento que tenía enfrente lo que provocó que el ligero y, en parte, desabotonado vestido deslizará dejando al descubierto unas contorneadas y bellas piernas doradas por el sol. Marcel, quien continuó observando a la joven y distraída lectora, sintió como su ritmo cardíaco se aceleraba cuando posó la vista en el generoso escote que danzaba voluptuosamente al son del vetusto tren. Intentó ocultar su excitación tras las páginas de la revista cuando se abrió la puerta del compartimento.

- Billetes, por favor - solicitó el revisor.

La joven se levanto para sacar los billetes de su mochila a la vez que el baile de su vestido dejaba petrificado a Marcel.

- Billetes, por favor - volvió a pedir el revisor, sacando a Marcel del letargo en el que se había sumido. Le mostró el billete y se percató de que la joven había vuelto a sentarse y estaba de nuevo enfrascada en su lectura.

- Hombre!, usted es el joven que va a San Martín, ¿no es cierto? - preguntó el revisor a Marcel entregándole el billete picado.

- Si, así es. Voy a visitar a mi tío que vive en Villa Rosa. Creo que está en las afueras - dijo Marcel.

- Ah! Bonito lugar - sentenció el revisor - Está un poco apartado pero no tiene pérdida. Ya no falta mucho para llegar, primero pararemos en el apeadero de Santa Marta y la siguiente parada será San Martín.

- Gracias - contestó Marcel, mientras volvía a guardar el billete en su bolsa.

- Que tenga buen viaje - se despidió el revisor saliendo del departamento.

Al salir el revisor, Marcel, noto que la joven lectora había estado siguiendo interesada la conversación y ahora le miraba fijamente a través de sus impenetrables gafas negras. Un bucle de melena rubia le caía por la frente. Marcel intentó componer una sonrisa mientras ordenaba sus ideas e intentaba que algún pensamiento inteligente acudiera en su ayuda y le facilitara iniciar una conversación de manera más o menos brillante. Era cosa curiosa que toda su inteligencia parecía abandonarle cada vez que se enfrentaba a una mujer guapa, y este caso, la joven del tren tenía un aire de misterio que le confundía aún más. La joven no le dio la oportunidad de quedar mal ya que se recostó en su asiento y se dispuso a descabezar un sueñecito. El calor era sofocante y Marcel decidió que no era mala idea intentar dormir un poco y llegar despejado a casa de su tío, de forma

que se acomodó en su asiento lo mejor que pudo y mecido por el monótono caminar del tren se quedó dormido.

Tras bajar la ventanilla y después de tragarse varias bocanadas de aire caliente, un poco más despejado, se percató de que se había quedado solo en el compartimento. No había ni rastro de la joven ni del señor del periódico. Marcel pensó que debían haberse bajado en el apeadero de Santa Marta y se sintió desilusionado por no haberse podido despedir de la joven.

Se estiró sin disimulo y fijó la vista en el paisaje que desfilaba por la ventanilla. El tren tomó una amplia curva hacia la izquierda y cuando parecía que el choque contra la ladera de la montaña era inevitable el paisaje se tornó negro como una noche sin luna. El aire fresco del túnel entró por la ventanilla pero su olor a carbonilla era tan intenso que, casi asfixiado, cerró la ventanilla y echó de menos la sofoquina de la llanura.

Un agudo silbido anunció el final del túnel y una intensa luz que entró a raudales por las ventanillas del tren le obligó a cerrar momentáneamente los ojos que ya se habían acostumbrado a la oscuridad del mismo. A través de la ventanilla, asombrado, vio como el paisaje había cambiado por completo, ahora el tren circulaba a través de una fresca arboleda en la que se entremezclaban chopos y castaños y una abundante maleza cubría el húmedo suelo del bosque. El ambiente se había vuelto súbitamente más fresco y una agradable brisa bajaba la temperatura del vagón haciendo más soportable el monótono vaivén del viejo tren de vapor. Marcel se fijó en una pequeña corriente de agua que circulaba próxima al balasto de la vía y pensó en lo agradable que resultaría darse un baño después de aquel viaje infernal. El camino de agua giró a la izquierda y se perdió bajo la barandilla de un pequeño puente que atravesaba el tren a la vez que hacía sonar de nuevo su silbato.

Al salir del bosquecillo el camino de acero se curvó a la derecha y el tren comenzó a bajar hacia lo que se divisaba como un pequeño pueblo de casitas de colores rodeado de un extenso mar de verdor que se mecía suavemente a la cálida brisa veraniega; pequeños grupitos de árboles salpicaban el paisaje que se extendía interminable hasta el horizonte. Mientras el tren bajaba hacia el pueblo, Marcel perdió la perspectiva del bello paisaje y un cartel anunciador pasó raudo junto a la ventanilla - SAN MARTÍN - pudo leer.

- Bueno, al parecer hemos llegado - se dijo mientras se levantaba para ir a recoger su equipaje. Al intentar abrir la puerta del compartimento, en brusco vaivén del tren al acomodarse a la vía de entrada en el cambio de agujas le hizo perder el equilibrio y se vio obligado a apoyarse en el asiento que antes había ocupado la joven viajera, reparó entonces en un papel doblado metido en un lateral del asiento. Marcel lo cogió y comprobó que se trataba de una hoja de arrancada de un libro que emanaba una suave fragancia. Como el vaivén continuaba y la pequeña letra era casi ilegible, lo dobló cuidadosamente, se lo metió en el bolsillo y se encaminó al guardamaletas del vagón a la vez que el tren se detenía definitivamente. Con sus pertenencias completas bajó por la puerta del vagón que ya se encontraba abierta, al parecer alguien había bajado antes que él.

Una vez en el andén se fijó en la pequeña estación que parecía tan antigua como el tren que le había traído hasta allí, aunque, al igual que el tren, se hallaba en perfecto estado de conservación. Tuvo la sensación de que era él quién estaba en un tiempo y en un lugar a los que no pertenecía.

Observó al revisor entrar en la estación, era una pequeña construcción encalada de blanco con las jambas de las puertas y ventanas pintadas de granate y una bonita puerta de cuarterones que se cerró tras el revisor. Junto a la puerta un letrero hecho con azulejos anunciaba con grandes letras el nombre del pintoresco pueblo.

El estruendoso bufido de la máquina al soltar el vapor de la caldera sobresaltó a Marcel, miró en dirección a la máquina y ojiplático vio como el ondulante vestido de la joven viajera desaparecía en la nube de vapor. Su pulso se aceleró y apretó el paso en dirección a la espesa nube en la que había desaparecido la muchacha. Cuando salió del vapor no había ni rastro de la joven, se detuvo y miró a su alrededor, a su izquierda se encontraban los topes de la vía donde terminaba el ferroviario camino de San Martín, más allá los matorrales crecían en una vía muerta que ya no debía utilizarse, tras ella, un talud de grandes piedras contenía el terraplén que en tiempos de lluvia podía deslizarse sobre las vías. Bajo sus pies el andén descendía suavemente hasta confundirse con la grava del camino que salía de la estación y torciendo a la derecha se internaba en un bosquecillo. Avanzó unos metros por el camino cuando se topó con un resoplante ciclista de mediana edad y rostro rubicundo por el esfuerzo del pedaleo que montaba una antigua bicicleta de hierro.

- ¿Perdón, no ha visto a una joven que....?

Marcel no pudo terminar la frase ya que el esforzado ciclista le saludó con la mano y pasó de largo en dirección a la estación. Marcel llegó casi corriendo a la curva del camino y vio como el mismo serpenteaba y se perdía entre árboles frondosos. No había nadie, ni rastro de la enigmática joven.

Como parecía imposible que la joven hubiera recorrido aquel camino, Marcel dio media vuelta e intentó buscarla en dirección a la estación a la que debía haber vuelto aunque él no se hubiera percatado. Era la única posibilidad. Al llegar a la puerta de la estación, Marcel recordó el papel que había recogido en el tren. Era una página arrancada de un libro y doblada por la mitad. Leyó unas líneas, aunque el texto le sonaba de algo, en esos momentos no sabía a qué libro podría pertenecer. Con cuidado la volvió a doblar y se la metió en el bolsillo de nuevo.

En ese momento salió el revisor de la estación.

- Disculpe - llamó su atención

- Dígame, en que puedo ayudarle - le contestó el empleado.

- La joven que viajaba en mi departamento, ¿la ha visto?. Hace un momento que la vi desaparecer entre el vapor de la máquina y no la encuentro - le explicó Marcel.

- ¿Qué joven?, ¿a quién se refiere? - le preguntó el hombrecillo con cara de sorpresa.

- Pues la joven que viajaba en mi departamento, ¿no la recuerda?, era rubia, con un vestido color crema con florecillas - le explicó Marcel.

- Mire joven, en el vagón venía usted solo. Ya le dije que hoy no viajaba mucha gente - dijo el revisor.

Marcel no podía creerse aquellas palabras que le estaban dirigiendo.

- ¿Y el señor del periódico?, ¿el de los ojos azules y gafas doradas?. El que estaba sentado justo enfrente de mí.

- ¿Quién? - preguntó de nuevo el revisor - Mire joven, le repito que en el vagón solamente viajaba usted. Si me disculpa tengo que ayudar en la maniobra para volver a Pueblo-Viejo.

El revisor dejó al anonadado Marcel y subió al tren donde el maquinista le esperaba con cara de impaciencia.

Marcel estaba perplejo. Lo que le había dicho el revisor no podía ser cierto, él se acordaba perfectamente de la joven y del señor del periódico. Aún sentía escalofríos por la mirada glauca y fría que, a través de aquellas gafas doradas, le lanzó cuando le importunó por segunda vez. No era un mirada agradable. O..., ¿tal vez lo hubiera soñado?. Estaba claro que se había quedado un rato dormido y que el calor le había podido embotar la mente, pero aquella mirada no era de las que se soñaban y todo parecía tan real. Recordó el papel. Y la página del libro, ¿de dónde había salido?. La sacó de nuevo del bolsillo y leyó unas líneas. El texto le seguía siendo familiar, pero no lograba recordar a qué obra pertenecía.

Vencido por el cansancio del viaje, salió de la estación por el camino de tierra en dirección a casa de su tío siguiendo las indicaciones de una señora que regaba unas flores en una casita contigua a la estación. Se trataba de un camino de tierra flanqueado por sendas hileras de viejos plataneros que, entrelazando sus ramas, ofrecían una refrescante y permanente sombra a los caminantes. La señora también le había indicado a Marcel que la propiedad que buscaba se encontraba a unos tres kilómetros y no tenía pérdida ya que el camino no conducía a ningún otro sitio diferente de Villa Rosa.

Cuando superó el primer recodo del camino, a lo lejos divisó la silueta de una persona que, al parecer, también se dirigía a Villa Rosa. Aguzando la vista, ya que las sombras de los plataneros oscurecían el camino a aquella hora de la tarde, una inconfundible melena rubia le convenció de que aquella persona no podía ser otra que la joven del tren, por mucho que el revisor le hubiera dicho que iba solo. Seguramente le había gastado una broma. ¿Quién será?, ¿por qué irá a casa de su tío?, se preguntó y apretó el paso con intención de darle alcance aunque de forma que no pareciera muy impaciente.

Marcel aceleró el paso, lo que llevaría a recorrer los tres kilómetros en poco más de media hora, pero no parecía que la distancia a la joven menguara, aunque aparentemente ella no había acelerado el paso. Justo antes del siguiente recodo del camino la joven se detuvo y dándose la vuelta, desde la oscuridad de sus gafas de sol, lanzó una mirada divertida al esforzado Marcel y le saludó con la mano. Dio media vuelta y continuó su camino desapareciendo tras los árboles del camino.

Apenas unos minutos después Marcel, jadeante, alcanzó el recodo del camino donde la enigmática joven le había saludado. Tras una curva cerrada el camino se extendía unos centenares de metros hasta la entrada de una propiedad que no podía ser otra que Villa Rosa. Justo antes de la entrada había un pequeño puente de piedra bajo el que discurría un riachuelo cantarín que corría paralelo a la valla de pizarras apiladas que delimitaban la propiedad a modo de medieval foso defensivo. Se sorprendió de no encontrar ni rastro de la joven quien solamente podía haber entrado en la casa que se veía al final de un pequeño paseo emparrado con jazmines en flor que despedían una intensa fragancia.

Intrigado cada vez más, Marcel entró en Villa Rosa, atravesó el emparrado y en pocos pasos se plantó en la puerta de la casa. Como no podía ser de otra forma, observó que no había timbre eléctrico sino un llamador de bronce con forma de mano. Golpeó un par de veces la aldaba y el eco se perdió en las estancias internas. Apenas unos segundos más tarde la puerta se abrió con un agudo chirrido y una señora pequeña y enjuta, de rostro apergaminado y mirada infinitamente triste apareció en el umbral.

- Buenas tardes, soy Marcel. Vengo a ver mi tío Orestes - se presentó

La mujer le miró fijamente durante unos segundos.

- Pase usted - dijo la mujer con un casi imperceptible hilo de voz apartándose a un lado e invitándole a entrar.

Le acompañó a una pequeña sala contigua con aspecto de sala de espera en la que había unas sillas alineadas en una pared y una mesa de nogal con un reloj de bronce en el centro.

- Espere un momento - dijo la mujer cerrando la puerta tras de sí.

No habían transcurrido más de un par de minutos cuando la puerta se abrió de nuevo y un señor que debía rozar la setentena, bajito y algo regordete entró en la estancia

- ¡Hombre Marcel!- exclamó apretándole cordialmente la mano - ¡Cuánto tiempo!. ¿Cómo está mi hermana?. La última vez que te vi tenias, ¿cuántos, siete años?. Ahora eres todo un hombre. Vamos, vamos tienes que contarme muchas cosas.

Marcel quedó sorprendido de la jovialidad del anciano que contrastaba con la seriedad de su madre, quien no solía decir más que las palabras justas. Dejó que su tío le tomara por el brazo y le acompañara al piso superior por la gran escalera central de Villa Rosa.

- Te acompañaré a tu habitación para que puedas asearte y en la cena me cuentas tu vida - le dijo el anciano anfitrión.

- Gracias tío - contestó Marcel - No sabe lo que necesito darme una ducha después de este interminable viaje.

- Esta es la habitación de los invitados - dijo Orestes, invitando a Marcel a entrar en una amplia sala con grandes ventanales, una cama de matrimonio con dosel, un armario enorme y una cómoda con espejo junto a la ventana.

- Tras esa puerta tienes un baño. La señora Carmen te habrá puesto toallas limpias - dijo refiriéndose al parecer a la anciana que había recibido a Marcel.



- Si necesitas algo, no tienes más que llamar. Te espero abajo - dijo Orestes saliendo de la habitación.

Marcel abrió su maleta encima de la cama, sacó una muda y ropa limpia y entró en el amplio baño a darse una larga y refrescante ducha.

Al salir, a medio vestir, mientras se secaba el pelo con una toalla se asomó al amplio ventanal desde dónde se veía un cuidado jardín que rodeaba la casa, a continuación una pradera de césped llegaba hasta el murete de pizarras y más allá un interminable mar de árboles entre los que, cual nave varada, se acomodaba la finca. Al retirarse de la ventana un marco de cristal con una fotografía en color que había sobre la cómoda llamó su atención. Lo cogió y el pasmo se apoderó de él al comprobar que la persona que aparecía en la imagen era idéntica a la joven del tren. De hecho no podía ser más que ella ya que lucía las mismas gafas negras y el mismo vestido color crema estampado que llevaba en el viaje. Marcel terminó rápidamente de ponerse la camisa y con la foto en la mano bajó a buscar a su tío.

Como la casa estaba en silencio no tardó en encontrarle en una gran sala que debía ser la biblioteca. Estaba tapizada de estanterías de madera negra del suelo al techo donde miles de libros se alineaban en sus estantes solamente interrumpidos por las aberturas de dos grandes ventanales de cuarterones cubiertas con sutiles cortinajes. En el centro de la sala había un chester de piel marrón con dos mesas de cristal y, en un lateral, una gran mesa de trabajo de madera oscura con un sillón de piel de respaldo alto y una lámpara tipo banquero de latón dorado y cristal verde. Del techo pendía una gran lámpara de candiles de hierro forjado. Orestes se encontraba ordenando unos libros que sacaba de una caja y acomodaba en unas estanterías semi vacías. Marcel se acercó a él y le mostró la fotografía

- Tío Orestes, ¿quién es esta joven? - pregunto Marcel, casi temblando.

Orestes dejó los libros y observó la fotografía, su semblante jovial se ensombreció de repente, como si una espesa nube hubiese tapado el sol.

- Se llama Isabel - contestó - Era la hija de la señora Carmen, el ama de llaves.

- ¿Cómo que era?. Esta joven ha venido conmigo en el tren hoy, incluso la he visto en el camino que conducía a esta casa.

- Te habrás confundido, - dijo sombrío su tío - eso es imposible.

- Isabel, como te decía era la hija de la señora Carmen, nuestra ama de llaves desde hace más de treinta años. Cada verano solía venir a Villa Rosa a pasar unos días con su madre y nos traía novedades del mundo exterior, ese en el que vives tú.

Orestes respiró hondo y prosiguió.

- Hoy hace precisamente un año que desapareció. Al parecer, como siempre, se apeó del tren en San Martín, incluso algunas personas la vieron coger el camino de Villa Rosa. Pero nunca llegó. Por la noche, preocupados, llamamos a la policía. Los guardias y algunos voluntarios estuvimos varios días buscándola, revolvimos el pueblo, los alrededores de la finca, el bosque, el río, todo. No dimos

con ella. Su madre desde entonces no ha dejado de sufrir y llorar. Ya has podido ver lo deteriorada que está. Antes eras otra persona, fuerte y jovial.

Estaba claro que recordar aquella historia le revolvió las entrañas. Volvió a respirar hondo.

- Tras varios días de búsqueda, uno de los grupos de batida encontró un libro que yo le había prestado medio enterrado junto a los pilares del puente de piedra que da acceso a la finca. Le encantaba leer y aquí, como puedes ver, libros no faltan.

Orestes se acercó a la biblioteca y de uno de los estantes sacó un pequeño volumen que aún presentaba manchas de tierra y cercos de humedad. Era una edición de “El perro de los Baskeville” de Sir Arthur Conan Doyle y se lo tendió a Marcel.

- Esto es lo único que encontramos de Isabel. A la semana la policía abandonó la búsqueda. Aunque la iban a incluir en el registro de personas desaparecidas le dijeron a su madre que no albergara muchas esperanzas, estos casos, la mayoría de las veces no se resolvían. Marcel hojeó el libro, muchas páginas presentaban amplios cercos de humedad. Se percató de que a mitad del libro había una página arrancada. El corazón le dio un vuelco. Sacó del bolsillo la hoja de papel que había encontrado en el tren. La desdobló y, ante la mirada sorprendida de su tío, pudo comprobar como la página encajaba perfectamente en el hueco ausente. Ambos se miraron estupefactos.

-¡Oh, Dios mío! - exclamó - ¿De dónde has sacado esa hoja? - preguntó Orestes con sorpresa infinita.

Marcel, lentamente, levantó la vista del libro. Fugazmente, unos fríos ojos azules tras unas gafas doradas cruzaron por su mente y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Marcel apretó el libro con sus manos.

-Creo que hay alguien más que sabe dónde está Isabel.....

— o 0 o —